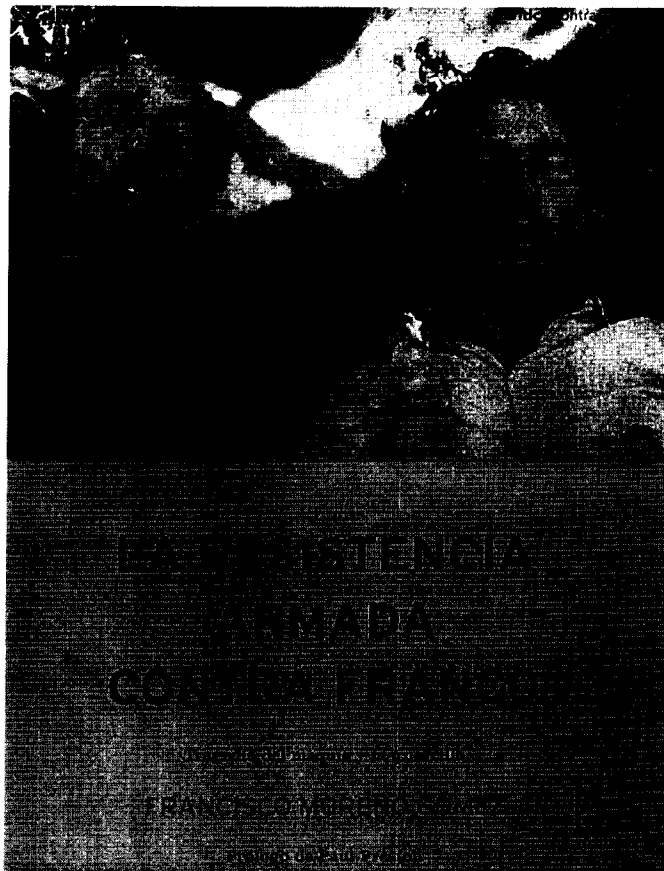




RESISTENCIA Y CAUTIVERIO EN CLM

La guerra perdida de los maquis

Francisco Moreno Gómez



Tres son los términos empleados en este fenómeno histórico: “huidos”, “maquis” y “guerrilleros” (además de expresiones coloquiales como “rojos”, “los del monte”, “los de la sierra”). Todos los términos son válidos, y no vamos a sumamos a banderías en este punto. Y todos se utilizan en este libro, con los matices siguientes. El término “huidos” (que es coetáneo a los hechos) designa más bien la primera etapa del fenómeno, el periodo 1939-1944, en el que predominó el carácter fugitivo ante el terror franquista, el echarse al monte huyendo de la tortura, de la cárcel, de los campos de trabajo, de la muerte, y a veces también, del hambre, la humillación y la miseria. Sería una fase un tanto individualista y de escasa organización política, aunque los huidos son, por supuesto, antifranquistas, de izquierdas y “desafectos” al Régimen fascistoide.

El término “guerrilla” o “guerrillero” designa más bien la etapa organizada del fenómeno, a partir de 1944, con una apariencia de estructura militar, jerárquica, más politizada, según las orientaciones del PCE, como un calco de la lucha guerrillera o “resistencia” en Francia, donde los exiliados españoles tuvieron un papel importantísimo en la expulsión de los nazis. Este es el término preferido por los supervivientes y militares ortodoxos, de manera que, cuando no lo utilizamos en algún acto

público, suelen atizarnos con la siguiente polémica o controversia. De todas formas, el vocablo debe ser utilizado, y así lo hacemos, porque también es coetáneo a los hechos y se halla perfectamente implantado en la historiografía. Además, el vocablo “guerrilla” tiene una interesante tradición castiza. Sólo que en este fenómeno histórico conlleva cierto matiz mitificador con relación a una guerrilla que no fue convencional ni ofensiva, sino defensiva. Esta es la connotación con que empleamos también en el título del libro la palabra “resistencia”.

El vocablo “maquis” es un galicismo (lo cual tampoco tiene por qué avergonzarnos, cuando utilizamos “garaje”, “restaurante”, etcétera), también se utilizó contemporáneamente a los hechos y ha pervivido con amplia implantación hasta nuestros días, con una evidente popularidad. Nosotros también hacemos uso de la palabra “maquis”, con un matiz un tanto ambivalente entre “huidos” (algo menos) y “guerrilleros” (algo más), porque connota la lucha organizada de la resistencia francesa. Por tanto, “maquis” es más sinónimo de “guerrilla” que de “huidos”. Sin embargo, nosotros no perdemos de vista el origen etimológico, de la palabra, que significa “matorral o lugar poblado de matorrales”, y por metonimia: “los hombres que se esconden en esos matorrales”. Lo que de forma castiza denominamos “andar a salto de mata”, que nos viene como anillo al dedo.

RESUMEN:

Francisco Moreno Gómez es un historiador y profesor de Enseñanza Secundaria metódico, riguroso y pertinaz. Ha publicado este verano en Ed. Crítica una monumental obra: *La resistencia armada contra Franco. Tragedia del maquis y la guerrilla*, centrada en la mitad sur de España, y del que estas páginas son un resumen preparado por el propio autor. El libro se presentó en la Biblioteca de Castilla-La Mancha, en Toledo, el pasado mes de junio. En este avance, el autor enmarca las características del fenómeno guerrillero en España, sus implicaciones políticas y sociales, así como las diferencias, en el tiempo y en el espacio, entre diversas manifestaciones de la guerrilla. Estamos ante una obra definitiva para una comprensión global y ajustada de este difícil episodio de la postguerra española.

de Castilla-La Mancha

Además, la definición con que nos obsequia la Real Academia resulta pintiparada: –Maquis– Persona que, huida a los montes, vive en rebeldía y oposición armada al sistema político establecido”.

Lógicamente rechazamos los términos degradantes y demonizadores utilizados por los represores franquistas, como “bandoleros”, “forajidos”, “malhechores”, etcétera porque no se ajustan a los que fueron víctimas de una dictadura fascistoide (o como se quiera llamar, que tampoco en esto hay consenso), cuando esas víctimas procedían de un sistema democrático, el de la República de 1931, aplastada por el golpe militar de 1936, que tanto duelo y desgracia ocasionó a España.

Antifascistas

Entrando ya en materia, el primer aspecto que se debe resaltar es el siguiente: el maquis como guerrilla se sitúa en el contexto de la resistencia antifascista europea de los años cuarenta. Los países afectados por la oleada totalitaria europea vieron surgir en su seno movimientos de oposición o resistencia miliciana:

Italia, Yugoslavia (partisanos), Francia (“maquisards” y españoles guerrilleros), alemanes de izquierdas, y España (maquis o guerrilla). No fue un fenómeno de rebeldía campesina, sino una lucha o resistencia de motivación política: la oposición a sistemas políticos de opresión del movimiento obrero y de la democracia liberal (fascismo, nazismo y franquismo). La resistencia armada española contra Franco obedeció al mismo estado de ánimo y objetivos que el de los resistentes armados europeos contra Hitler y Mussolini. Perder de vista este común denominador básico puede llevar a un grave desenfoque histórico y a una confusión inevitable como punto de partida. Es, por tanto, inexcusable el establecimiento del mismo contexto histórico, *mutatis mutandis*, en todos estos movimientos de resistencia armada antifascista. La principal diferencia que separa a los resistentes europeos de los españoles fue que éstos, en España, acabaron vencidos y derrotados, mientras que los europeos resultaron vencedores. He aquí la razón por la cual los resistentes europeos han sido tratados como “héroes” y los españoles como “villanos”, “bandoleros” y “forajidos”. La historia la escriben siempre los vencedores y la clase dominante. Lo inexplicable es que los “vencedores” europeos, a la hora de plasmar la historia de la resistencia antifascista, se hayan olvidado de los españoles. (...)

La segunda clave, para no desenfocar el fenómeno que estudiamos, aparece como exclusiva del caso español: el origen del maquis fue la huida de la represión franquista. Los montes de España se llenaron de fugitivos del terror de Franco. No sólo en los primeros cuarenta; también después. Todo enlace o colaborador del llano que acababa huyendo al monte lo hacía siempre ante el temor de caer en las garras de los represores, con el consiguiente calvario de torturas, palizas, cárcel y lo peor: la eliminación mediante el “paseo” o la “ley de fugas”. Esta trágica realidad no la sufrieron los resistentes europeos ni estuvo en el origen de su aislamiento en la lucha armada clandestina. Luego, los huidos españoles fueron reconvertidos y organizados políticamente por el PCE. Pero siempre la razón última de su estancia en la sierra tuvo como origen (salvo excepciones) el (“sálvese quien pueda” ante la violencia inmisericorde que aplicó el franquismo vencedor. O no se entregaron en 1939 (temiendo, acertadamente, la que se avecinaba) o escaparon de las palizas, de las cárceles, de la lluvia de penas de muerte, de los campos de trabajo, etcétera. Por esto huyeron: “El Francés” (evadido de la prisión de Hinojosa del Duque), “Quincoces” y sus hijos (aco-

sados a palos en Aldeanueva de San Bartolomé, Toledo), “El Chichango”, de Albacete (maltratado en un batallón de castigo), José Manzanero, de la Villa de Don Fabrique, Toledo (cuando ya estaba “en capilla”, para ser fusilado) y tantos otros, centenares y miles. Esta realidad no es comprendida, a menudo, por personas de alguna otra región española, como la de Levante, donde este periodo de huidos tuvo menor entidad, con apenas gente en el monte al principio, y piensan que el fenómeno se desencadena siempre con la llegada de los infiltrados desde Francia en 1944. No ocurrió así en otros muchos lugares, donde se produjo una verdadera desbandada ante el terror, ya en 1939 y 1940.

Conciencia obrera

La tercera clave que alentó la rebeldía y el resurgimiento de la guerrilla fue la pervivencia del movimiento obrero español de los años treinta, de la conciencia obrerista y de clase, más allá de la derrota de 1939. La masa obrera y sindical (incluso pequeñoburguesa o republicana) había vivido en España, desde la huelga de 1917 y las agitaciones del “trienio bolchevique” (1918-1920), una pedagogía emancipadora, de autoestima, y una conciencia de su protagonismo en la historia. Se sintieron sujetos de derechos y aprendieron a luchar y a negociar con la clase dominante. Se instruyeron con las doctrinas obreristas, aprendieron a leer con fruición y se cultivaron en la prensa obrera o liberal, en los años veinte y, sobre todo, en los años treinta, a raíz de las libertades democráticas de 1931. En una palabra, habían dejado de ser masa y reclamaban su cuota de protagonismo social y político. Muchos líderes surgidos del tajo y de la fábrica fueron alcaldes, concejales o diputados provinciales durante la República. Contra el elitismo de Ortega y Gasset en “La rebelión de las masas”, la clase dominada había levantado por primera vez la cabeza y había adquirido conciencia de su propia dignidad. Su liberación personal había crecido aún más durante el desarrollo de la guerra, donde muchos obtuvieron graduaciones militares, de jefes y oficiales, mandaron unidades y batallones, aprendieron a dar órdenes, a instruir a los demás como comisarios; dirigieron organizaciones, a veces multitudinarias, tanto hombres como mujeres. El jornalero, tras la pedagogía obrerista, había dejado de ser un don nadie y, por primera vez, se sintió persona. Lógicamente, este cambio de rol no fue aceptado por el dominador tradicional, alimentó la revancha y afiló sus armas, a la espera de su ocasión, análisis que también ha expuesto a menudo Manuel Tuñón de Lara.

Enseguida conoceremos a célebres guerrilleros que, como “Quincoces” (en Aldeanueva de San Bartolomé, Toledo) o Julián Caballero (en Villanueva de Córdoba), habían sido alcaldes durante la República, habían participado en huelgas y habían dirigido organizaciones locales. Ramón Guerreiro “Julio” (Ciudad Real) había liderado la JSU en Córdoba, en 1936, y fue comisario en la guerra. Ex comisarios, en la guerrilla, los hallamos por decenas. (...)

Una cuarta clave, como consecuencia de la anterior, fue la inadaptación al nuevo orden filofascista por parte de miles y miles de vencidos. El nuevo orden impuso una espantosa exclusión de los vencidos a todos los niveles, sobre todo en el laboral. Los “desafectos”, preferentemente los más significados, no tuvieron derecho al trabajo ni a la contratación, al menos en sus pueblos de origen. Pasaron a engrosar unas tácitas listas “negras”, por las que los ajenos al Régimen quedaban privados de las posibilidades convencionales de subsistencia. Hubieron de pasar a la economía sumergida o a las artimañas del estra-



Jesús Gómez Recio, Quincoces, en los años 30, junto a un grupo de vecinos en Aldeanueva de San Bartolomé. Foto: colección Filomena Gómez Román. Del libro de Benito Díaz.



Jesús Bayón González, Carlos. Foto: colección Francisco Moreno Gómez. Del libro de Benito Díaz.



Ramón Guerreiro Gómez, Julio. Del libro de Benito Díaz.

perlo a pequeña escala para poder subsistir. O bien se trasladaban de localidad, en busca de trabajo donde no los conocían o derivaban, empujados, hacia la delincuencia de subsistencia, convirtiéndose en atracadores marginales en el campo y en la sierra. Este tipo de huidos al monte, por exclusión social y laboral, lo veremos menudear en las páginas siguientes. En Jaén se contabilizan nada menos que 113 atracadores de este tipo, algunos de los cuales acabaron por unirse a la guerrilla con todas las consecuencias. En Córdoba encontramos también muchos casos (como los “tapados” de Hinojosa, que atracaban con la cara cubierta). Solían empezar como huidos de vida mixta: de día con vida normal en los pueblos, y de noche salían a atracar cortijos en busca de comestibles, a imitación de los huidos políticos, “los rojos”. Gran parte de ellos, una vez identificados, se incorporaron definitivamente a las partidas guerrilleras.

Exclusión social

Otros huyeron directamente al monte, no sólo por exclusión laboral, sino por todo un cúmulo de factores hostiles: lo que se llama “hacer la vida imposible” a las personas, mal mirados, maltratados, de palabra y de obra, excluidos también socialmente, sin contar para nada en ningún sitio, privados de la estima personal, y debiendo contemplar cada día a los vencedores paseando su soberbia por las calles, su despotismo y su chulería, humillando e insultando a diestro y siniestro, pegando vergajazos a las mujeres en la cola del racionamiento o en el abastecimiento de agua. Y lo que era aún peor: tener que ver a diario a los asesinos de sus padres o hermanos, con los correajes de Falange, ufanos y petulantes. Los que no conocen la vida de los pueblos, de esa inmensa España profunda, apenas captarán el panorama hostil que describimos, porque en la gran ciudad todo es diferente: el ciudadano estigmatizado se puede diluir con más facilidad, pero no en los pueblos, donde todos se conocen y saben las ideas que tiene cada uno y se puede hacer el vacío a las personas de una manera insoportable. Y además, los que trabajaban debían aceptar salarios de hambre, volviendo a las viejas formas de relaciones laborales, de sumisión, destajo y jornadas de sol a sol. El poder adquisitivo retrocedió a niveles anteriores a

la República. En 1940, “la renta por habitante descendió a cifras del siglo XIV”, y la renta per cápita no igualó, hasta 1954, los niveles de 1935.

Ante tanta desgracia y tanta hostilidad, se incrementó el índice de suicidios y mucha gente perdió sus principios y su dignidad moral. A los mozos en edad militar los clasifican como “desafectos” y los enviaban a los peores destinos, a batallones disciplinarios y a campos de trabajo, un eufemismo de trabajos forzados, con el trato más inhumano imaginable. (...) Resulta, pues, indudable que la exclusión laboral, social, la humillación y el hambre con que la victoria de Franco acorraló a la España vencida constituyeron un factor más de rebeldía y de huida a la sierra.

En quinto lugar, conviene anticipar una precisión importante: el maquis y la guerrilla antifranquista fueron un fenómeno heterogéneo, con gran diversidad regional. No fueron un tipo de guerrilla uniforme. Hubo muchas guerrillas, con diferencias regionales e, incluso, provinciales. Esta realidad caleidoscópica se observa hoy día en congresos y actos públicos, donde los que hablan en nombre de una región determinada son contestados por representantes de otra regiones. A los de la Agrupación Guerrillera de Levante (AGL) les suena a chino eso del “periodo de huidos”, hasta 1944, porque entre ellos apenas se dio esta circunstancia, y esa Agrupación se impulsó, sobre todo, a partir de las infiltraciones pirenaicas, a partir de 1944. Fue una Agrupación más tardía que toda la zona Centro-Sur, objeto de este estudio. También desde Levante se empeñan en ver organizadas las guerrillas por todas partes a partir de los “Consejos de Resistencia”, un nuevo invento del PCE, a imitación de Unión Nacional, como convergencia de todos los antifranquistas, que empezó a difundirse en *Mundo Obrero* desde finales de mayo 1948, y que halló gran receptividad en la AGL, de tal manera que se la consideró madrina y portavoz del proyecto. Sin embargo, de estos “Consejos de Resistencia” no hemos oído ni una palabra en toda la zona Centro-Sur, y eso que los de Córdoba, Ciudad Real y Jaén desarrollaban aún gran actividad entre 1948 y 1949. Por estas sierras sí que hemos documentado actividades políticas de la guerrilla, que impulsaba en los pueblos la creación de comités de Unión Nacional y, más tarde, de Alianza Democrática. Después, se acabaron los inventos, y la campaña en pro de los “Consejos” cayó en saco roto. ■